

—Si ha terminado el pañolito ¿quiere enseñármelo? le decía.

Ella lo traía; él lo examinaba minuciosamente, haciéndola ruborizarse al decirle:

—¡Tiene usted manos de hada! ¡Quién sabe en qué pensaría al hacer tan lindas cosas!

Después la miraba, exclamando:

—¿Por qué se ha puesto ese vestido? Con el blanco está hermosísima.

Un día le preguntó:

—¿Por qué no se recoge el cabello sobre la nuca, como Angela y Lucía?

—No se puede. Es mucho.

—Sí es mucho, pero ¡qué lindo!

La obsequiaba con flores y con dibujos para los bordados. Bien pronto la olvidaba y á veces ni siquiera le dirigía una mirada. Ella sufría horriblemente, cayendo en un malhumor que extrañaba á Sebastián, así como las exaltaciones de alegría á que se abandonaba á ratos.

El la creía una chiquilla, no acordándose de que ya en ella despertaba la mujer y que Jenaro Rosa—por quien siempre Sebastián sintió una instintiva antipatía—le había robado ya el corazón de ella.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA BODA

Así que pasaron los melancólicos días de Octubre y terminaron las vendimias dejando impregnada la casa de olor á mosto y á las últimas frutas guardadas en la despensa, todos partieron.

Marchóse Cesáreo; se fué Jenaro y también Pedro Demeda. Con Pedro partió Pablo Valena á gestionar sus negocios.

Desde todas las estaciones telegrafaba Pedro para calmar las nerviosidades de Angela.

Tan pronto se posesionó el novio de su nuevo destino—en una ciudad histórica de la alta Italia—Angela se calmó y la casa de Valena volvió á su antigua existencia tranquila.

Nel y Antonino volvieron á la escuela. Los pensamientos de Angela y su madre volaban muy lejos... María Fara pensaba con tristeza en aquel pobrecillo Cesáreo que había partido enfermo, con una tos seca y extraña.

Pasaron muchas semanas; la niebla inva-

dió el horizonte y Ana dejó con un hondo suspiro su traje blanco lleno de margaritas. Ya no reía con aquella loca alegría que enojaba á Sebastián. Callaba ahora, bordando tras los cristales cerrados, con una triste sombra en los negros ojos. A veces, cuando la llamaban ó hablaban, no respondía, ó se agitaba sobresaltada. Junto á ella, Angela trabajaba nerviosamente en su ropa blanca; callaba también y parecía que la tristeza de Ana era por acompañar su nostalgia.

Al regreso, Pablo Valena sintió como una ráfaga de aire helado azotándole el rostro.

—¿Qué ocurre?, preguntó á su mujer. ¿Ha pasado algo? Dime...

—Nada. Angela que está siempre triste.

—Comprendo. ¿Y los otros? Sebastián ¿qué tiene? ¿Y Ana? ¿Le habéis hecho algo?

Pablo examinó en torno suyo, inquieto y receloso. Parecíale hallarse en un medio extraño. María confesóle que Ana se hacía cada vez más seria; no jugaba, no se espontaneaba, pero nadie le había causado el menor disgusto. Era que dejaba de ser niña.

Hablaron después de Cesáreo y la frente de Pablo se nubló. Había estado en Roma, pero no pudo averiguar qué vida llevaba Cesáreo. ¿Era vida de estudiante ó de vicioso la de su hijo? Un estudiante sardo habíale dicho que á Cesáreo se le veía muy poco por la Universidad. Pablo sabía, en cambio, que su hijo gastaba mucho dinero.

María experimentó una extraña sensación al saber estas vagas noticias; la figura de Cesáreo tomaba relieves singulares envuelta en el misterio. Roma era digna de albergar un talento tan extraordinario.

Pablo, que al principio tuvo grandes ilusiones, ahora pensaba melancólicamente en la pequeñez de Cesáreo. Le disminuyó la pensión y hacía el sordo á las continuas demandas de dinero.

«Piensa, querido mío—le escribía—que este año he sufrido quebrantos en los negocios y que una hermana tuya debe salir decentemente de casa.

Realmente Angela, después de recibir las mil pesetas, no le había pedido un céntimo más. Ya estaba confeccionado casi todo el ajuar. En Sassari una buena modista le confeccionaba los vestidos. Llegaron estos unas cuantas semanas antes de Pascua.

—¿La abro? preguntó Ana poniendo las manos en la caja de madera blanca.

Angela la rechazó dulcemente y ella misma abrió la caja con un temblor en los dedos. Al instante reuniéronse en torno de ella todos los de la casa, callados y curiosos.

Levantó Ana la tapa casi religiosamente. Sacó el traje de desposada. Era de raso blanco, vaporoso y delicado. El grito agudo de Catalina, maravillada, sobresaltó á Angela en su éxtasis de admiración.

—Mirad la cola... ¡qué cola! Angela. Ana... ¡Dios mío, que hermoso! gritó Catalina.

—Que her... mo... so es, repitió Nel fro-
tándose las manos.

—¡Muy hermoso! repitieron todos á coro.
De la alegría, Angela no podía hablar.
Sin embargo exclamó:

—¡Si es muy lindo! Vamos á ver los
otros.

El segundo vestido, negro, para las so-
lemnidades, era maravilloso, de seda ada-
mascada, con dibujos japoneses.

Iban de maravilla en maravilla.

El tercer vestido, de seda color rosa con
flores y ramas bordadas en plata hizo olvi-
dar los anteriores. Luego, el traje de viaje,
los sombreros, todo, todo ¡qué hermoso!

Uno por uno se probó los vestidos An-
gela; le sentaban á maravilla. Catalina en-
tusiasmada gritaba.

—¿Qué te importa? le dijo Sebastián.
¿Son acaso para tí? Hazme el favor de un
poco más de seriedad. ¿No ves como Ana
está seria?

—Sí; porque está envidiosa...

—¿Envidiosa? ¿por qué? preguntó Ana.

—Déjala que hable, exclamó Sebastián.

—Ya la déjo. ¡Mis vestidos, al casarme,
serán otros!...

Sebastián la miró cariñosamente y pensó
que por él había mentado Ana los vestidos
de boda.

*
* *

Sebastián estaba seguro de desposar un
día á la prima.

¿Cómo se había enamorado, cuándo y

por qué? Ni lo recordaba ni se lo decía. Pa-
recíale que la había amado siempre, desde
el primer día en que llegó Ana con su ves-
tidillo negro y su pañuelo anudado bajo la
barbeta; de haberla amado siempre, mucho
antes, cuando iba á la escuela y procuraba
huir el encuentro de las chicas. Cierto que
no era su primer amor; pero, era el último
porque nunca había amado así y parecíale
haber amado á Ana á través de las otras
muchachas amadas. Los otros cariños le
habían hecho sufrir siempre. Encontraba
en Ana, aunque sin conocerla espiritual-
mente, el ensueño de su corazón sano y de
su fantasía vigorosa.

A veces sobresaltábale la idea de que
Ana era una señorita y que su delicadeza,
por ley del contraste, podía ser mañana un
obstáculo á su felicidad. Sin embargo, tran-
quilizábase. ¿Qué importaba? De todos mo-
dos, siempre podía ofrecer á la prima un por-
venir seguro. Esperaba á que creciera y
pudiese determinar libremente.

Ella, entretanto, era su más hermoso
sueño; la ilusión que le acompañaba siem-
pre, especialmente en las horas de soledad,
en sus largas jornadas á través de los cam-
pos desiertos. Por ella sentía más intensa
la nostalgia de la casa.

Más de una vez, desde hacía un año, es-
tuvo á punto de declararse á Ana ó por lo
menos confesarse á su madre. Abrigaba un
proyecto magnífico: casarse y retirarse al
campo, á unas inmensas tierras no cultiva-
das que soñaba hacer fértiles.

Mas, en presencia de Ana experimenta-

ba un estúpido temor, una sensación extraña.

Junto á ella un sentimiento de frialdad lo entristecía; parecía que su sueño se desvanecía para no revivir más. En otras ocasiones, cuando ella no estaba presente, el sueño volvía, tormentoso ó alegre, según perduraba.

Sebastián cavilaba que todo era debido á la extrema juventud de ella. Y esperaba que creciera, sin esforzarse, entre tanto, en hacerle adivinar su amor.

*
*
*

Tras la llegada de los vestidos vinieron los documentos de Pedro, y Pablo Valena fatigóse en llenar todos los trámites para el matrimonio de Angela.

Al marcharse Pedro muchos envidiosos comenzaron á susurrar que no se efectuaría la boda. Publicadas las amonestaciones, todavía algunas mujeres continuaron en su murmuración. Las criadas de la casa de Valena enteraron á todo el mundo del ajuar y de los vestidos: nunca se habían visto trajes más lindos. Siempre exageraban.

Hablóse de que Valena había tomado á réditos cinco mil pesetas; después se hizo ascender la suma á ocho mil y luego á diez y por fin ¡dijose que Pablo Valena había muerto!

Todas estas noticias, que traían de la calle las criadas, hacían sufrir á Angela que hubiese querido escribir en las paredes cómo con mil pesetas se había provisto de

todo. Un día Sebastián la encontró llorando.

—¿Qué tienes? le preguntó.

Ella contó lo que se decía, y Sebastián, colérico, le contestó:

—¿Qué te importa? ¿No ves que hablan por envidia? Quisiera saber quién te cuenta esas cosas.

Angela no habló más. Cuando Pedro notició haber recibido licencia, la casa se revolió, limpiándola, blanqueándola de nuevo. Angela, Lucía y Ana por poco no se mueren de cansancio.

*
*
*

El mismo día en que se publicó en la iglesia la última amonestación, llegó el novio. Eran los últimos días de Cuaresma y la boda se había fijado para la tarde de Pascua. El Obispo de Orolá, lejano pariente de Pedro Demeda se había dignado bendecir él mismo los desposorios.

Pablo Valena, Ana, Lucía y Antonino marcharon á la estación más próxima para recibir á Pedro. Angela, vestida de gala, lo aguardó impaciente en la ventana. Catalina daba voces á las criadas para que prepararan la cena.

Cuando Angela, muy pálida, vió á Pedro en la calle, saludólo desde la ventana y después salió á su encuentro.

También él estaba pálido. Catalina festejó alegremente su llegada.

Pedro encontró á Catalina extraordina-

riamente desarrollada; era más alta que Ana y más hermosa, con una boca muy linda, el perfil correcto, el talle escultural y los ojos grandes, muy negros, luminosos.

En la cena, Pedro, observando la esplendidez fosforescente de los ojos de Catalina, pensó que ésta sería con el tiempo mucho más bella que Lucía. No reparó en Ana. Entre Lucía y Catalina resultaba insignificante.

Levantado el mantel, Pedro salió un momento, regresando con un paquete que des envolvió. Eran los regalos para Angela. Reuniéronse todos en torno para ver. Cuando Pedro abrió el estuche, mostráronse los dos grandes brazaletes, dos trabas, zarcillos y la sortija con brillantes y otras sortijas más, reloj y cadena de oro.

Brillaron los ojos de Catalina más que las piedras engarzadas, y comenzó á revolver todo, con maravilladas exclamaciones, hasta que la voz de Sebastián la contuvo.

—¡No me explico como está tan mal educada ésta muchacha!, dijo Sebastián á su madre, en voz alta.

Catalina empalideció, retiró la mano y después lamentóse con Ana. «¡Era tan infeliz! Ninguno; ninguno la podía ver».

—Sin embargo—le replicó Ana—tu hermano te mimaba continuamente; si alguna vez te reprende, es por que te quiere mucho.

—Pues yo te digo que te quiere más á tí y á Maometo y al caballo...

En vano Ana trató de persuadirla.

—Ciertas cosas debe decírselas á las ga-

linas, no á mí, remató Catalina, adormeciéndose en el llanto.

Al siguiente día ya no se acordaba de nada. Angela presentóse con la cadena de oro al cuello, y Ana experimentó una vaga melancolía. Había aguardado el regreso de Jenaro Rosa por Pascua, y no vino.

Ocho días pasaron como en vértigo. En el aire abrieno, de una dulcedumbre sugestiva, erraban las primeras fragancias primaverales; y en la casa de la ventana abierta, llena de rumores, la alegría de la reviviscencia de la naturaleza uníase al regocijo de los desposorios.

La idea de la partida de Angela conturbaba el corazón de la madre y de las hermanas. También ella, en algunos instantes, presa de una misteriosa angustia, deseaba que el día no llegase nunca. Siempre en traje de gala, Angela no se ocupaba de nada. De charla con el novio procuraba adormecer el dolor que sentía, cada día tornado más angustioso.

Advertíase en la casa un ir y venir rumoroso é incesante. Metiéronse en las cajas los vestidos y todo el ajuar de la novia, expidiéndolas. Sólo se dejó el traje de desposada y el vestido de viaje. La turbación de Angela crecía al ver transportar las cajas; algo de ella partía ya hacia lo desconocido y ya sentía la nostalgia, recordando como en sueño los lugares donde todavía se encontraba.

Veía llegar los regalos y las visitas como á través de una niebla. Catalina, Lucía,

Ana, la madre, el padre, los hermanos, todos afanosos y sonrientes parecíanle distintos de aquellos seres que hasta aquel día había amado.

El sábado Santo y todo el día de Pascua una extraña procesión de mujeres desfiló por la calle de los Valena, estacionándose en la puerta. Eran las mujeres que llevaban á la desposada los regalos de las familias amigas y de los parientes; cestos con grano; botellas de vino; dulces del país; tortas, licores, gallinas, y luego grano y vino, vino y grano.

Pablo llamó á su despacho á Angela y le entregó mil pesetas más.

—Confía—díjole—que no pasarás ninguna falta...

Ella no lo dejó continuar. Pablo quería indicarle que no dejaría de ayudarla en lo futuro.

—No será necesario—repuso Angela rápidamente. Bien sabe usted que Pedro no quiere dote alguna.

—¡Bueno, márchate!, dijo Pablo que no quería conmoverse.

Como por encanto, Angela, la tarde de Pascua, se encontró casada. En la Capilla del palacio episcopal fué muy admirado el vestido de Angela, quién aparecía mucho más bella que Lucía y Catalina que la acompañaban.

* *

Ana hizo los honores de la casa. Como los novios debían partir á la siguiente ma-

ñana, se ofreció una cena á los invitados, quienes regalaron á la desposada monedas de oro y de plata.

Muchas mujeres trabajaban en la cocina bajo la vigilancia de Lucía. También Catalina, aun cuando prefería conversar con los invitados, ayudó á adornar la mesa. Soñaba con que los periódicos locales dieran cuenta del *lunch* servido en casa de Valena.

—¿Qué *lunch*?—observó Antonino. Es una cena; te digo que es una cena.

—Cena ó comida ó *lunch*, te digo que se publicará la noticia...

—¿Catalina? voceó Nel desde lo alto de la escalera...

Abandonó ella todos los quehaceres y acudió.

—¿Qué quieres?

Nel estaba triste porque nadie, en medio de tanta confusión, se acordaba de él.

—Quiero decirle á Angela una cosa, dijo Nel casi llorando.

—Ven conmigo.

—No voy. Llámala.

Catalina desapareció diciendo á Nel que llamaría á Angela; Nel no vió á Catalina y menos á Angela hasta la hora de la cena.

Celebróse ésta alegremente, con brindis y animada charla. A las dos se marchó el último invitado. La casa quedó en el mayor silencio.

Al alba renació el movimiento. María Fara, pálida, metió en una caja cuanto quedaba allí de Angela.

Una hora después, en la estación, la alegría febril de la noche última se trocó en

angustia. Ana contempló pensativa el tren que se alejaba en la limpidez azulina de la mañana y sintió un terrible y secreto sinsabor, que no olvidó nunca. Los Valena persistieron en su tristeza durante los días que signieron. Mas, al rodar del tiempo, las cosas volvieron á su reposo habitual.

María Fara sintió el vacío de Angela, sintió que los tiempos cambiaban; presintió el éxodo de toda la familia en días no lejanos y como á través de una ráfaga de viento otoñal, percibió la melancolía de la vejez y el triste término de todas las cosas.

LAS PASIONES

EN los dos últimos años de estudio, Cesáreo se *refinó*. Alardeaba de vicioso, acrecentando las deudas y adoptando aires de Mefistófeles.

¿Qué proyectos tenía? Nadie llegó á saberlos, pues que nunca los declaraba.

Pablo sufría; pagaba resignado las deudas y hasta disculpaba los sacrificios que hacía por Cesáreo cuando surgía alguna protesta en el seno de la familia.

—Será al menos un hombre—dijo un día á Sebastián—mientras que tú serás siempre una bestia.

Sebastián se puso lívido, pero calló. Por primera vez en su vida avergonzóse de su situación. Sin embargo, interiormente se decía: ciertas bestias valen más que ciertos hombres.

Por un instante pensó darse á una vida accidentada para hacer comprender al padre lo útil que era. Pero, enseguida desistió. Después de todo ¿no era él, Pablo Va-